



«Casi nunca pasa nada, hasta que pasa».

Nunca te fíes
DE UNA
OVEJA NEGRA

MARÍA ROSAL

**Nunca te fíes
DE UNA
OVEJA NEGRA**

**Nunca te fíes
DE UNA
OVEJA NEGRA**

MARÍA ROSAL

edebé

© María Rosal, 2025

© Edición: Edebé, 2025

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Aurora Iraitia

Imagen de cubierta: Depositphotos

1.ª edición, febrero 2025

ISBN: 978-84-683-7401-7

Depósito legal: B. 15117-2024

Impreso en España / Printed in Spain



Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

I

1

Por fin soy mayor de edad.
Hoy es el día de mi cumpleaños.

Uno se pasa la vida deseando cumplir dieciocho años como si algo fuera a cambiar de repente, de la noche a la mañana. Piensas que un mago te tocará con su varita mágica y, ¡zas!, ¡ya eres mayor! Eres alguien. Nadie se atreverá a decirte lo que tienes o no tienes que hacer. Dejarás de ser invisible. Dejarás de ser una sucia piltrafa.

Pero la vida real es muy diferente. Casi nunca pasa nada, hasta que pasa. Puedes estar muchos años más aburrido que un cerdo a la sombra de una encina y de repente los acontecimientos se precipitan de tal manera que parecen una montaña rusa. Se te nubla la vista, todo se vuelve extraño e irreal, como si lo vieras a través de una pantalla, una enorme pantalla pixelada y borrosa. Te miran, te preguntan, te interrogan. Te llevas las manos a la cabeza, te tapas los oídos. Lloras. Crees que estás llorando porque tu cara está húmeda, pero estás seco. Seco por dentro. Raro.

Preferirías estar muy lejos, pero estás allí. Y allí es justo donde no deberías estar. Por alguna razón los

acontecimientos te han llevado a aquel lugar. No has ido tú. Te han llevado.

Y entonces no entiendes nada. Nada de nada. Te dices que es mejor no pensar. Sabes que alguien, quizás todos, vendrá en tu ayuda. Así ha sido siempre. Sin embargo, ahora es distinto. Esto no tiene nada que ver con algo que recuerdes. Nadie te ha contado nunca nada parecido. Nada en tus archivos mentales. Ningún cable al que agarrarte mientras sientes que caes en un hueco extraño, lleno de aristas. Algo que ya estaba allí, pero que no supiste ver. Algo que pensaste que podía suceder. Algo que se dice por decir, como tantas cosas que nunca creemos que van a ocurrir de verdad. Hasta que suceden. Es preferible esperar hasta que todo se calme, hasta que se diluya por dentro, que es lo más difícil, para pensar con claridad. Para entender. Para olvidar.

2

Hoy cumpla dieciocho años.
Sé que no soy una sucia piltrafa.

Es solo una forma de hablar. Lo que decimos a los colegas cuando queremos cabrearlos. Una broma.

No es que no tenga autoestima. Eso ya lo aprendí en las largas sesiones con la psicóloga cuatro ojos que mi abuela se empeñó en pagar. Como si yo estuviera medio tarado o algo así.

Pero no estoy loco. Ni se me va la pinza.

Una mala tarde la tiene cualquiera, solía decir mi abuelo. El sí que era un tío sensato. Eso es lo que yo tuve: un mal momento o unas pocas horas, bien malas, eso sí. Es verdad que al principio me quedé aturdido. No había en mi memoria ni rastro de ideas sobre cómo debía actuar. Después corrí como un loco. Había visto escenas parecidas en la tele o en los videojuegos, pero la sangre de verdad, la que sale de un cuerpo y tiñe el suelo, la que se expande sobre las losas como si nada pudiera detenerla, eso es otra cosa. La sangre que te mancha la planta de los pies, se extiende pegajosa y nada puedes hacer por arrancarla de tu mente.

Hoy es el día de mi cumpleaños. Ya sé que no le importa a nadie. No, no es que yo vaya a venir ahora

con el rollo ese de que no me quieren o que no me han querido nunca. ¡Qué va! No es eso. Mis viejos me quieren. Buena se armaría si me pasara algo o me estrellara con la moto, por ejemplo. Así está mamá siempre, con la angustia y sus neuras: «No salgas sin jersey, ten cuidado al cruzar la calle»... Tiene obsesión por los semáforos. Para ella el lugar más peligroso del universo son los semáforos: «Que la gente no controla, que no se para, que se lleva por delante a todo bicho viviente». No he visto nada igual.

La cantinela duró todo el curso. Entonces me molestaba, pero ahora lo veo con distancia y tiene su gracia. Me lo sabía de memoria.

—Que sí, mamá, que sí: mejor me alejo de los semáforos. Cruzaré la calle volando.

Pobre mamá.

—No pases si no se han parado los coches, aunque el semáforo esté en verde. Los peatones siempre llevan las de perder. Es mejor esperar a que ya haya pasado alguien y te asegures de que los coches están parados.

—Eso, me paro hasta ver si atropellan al primer incauto y luego paso yo tan ricamente. —Reía para enrabiatarla.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. ¡No seas insolente!

Y luego llegó la moto. Me la regaló la abuela al cumplir los quince años. Mis padres pusieron el grito en el cielo. La moto se quedó en el garaje. Hasta que cumpliera los dieciséis no había nada que hacer. Aun así, mis padres querían esperar hasta los dieciocho. Una vez más, la abuela provocó una discusión de campeonato.

Pero yo tenía un plan. Bajaba a limpiarla cada día. Sacaba brillo a su lomo. La acariciaba. Le hablaba bajito. La moto respiraba. Me sonreía. Su pulso se aceleraba cuando pasaba mi mano por el manillar. «Paciencia», le decía al oído, justo donde yo sabía que tenía el oído, muy cerca del retrovisor.

Al cumplir los dieciséis me saqué el carné, pero fue en vano. Había que esperar.

¿Esperar qué?

Mamá dijo que había que esperar hasta que llegaran las notas. No se volvería a hablar del tema. Yo sabía que era una excusa más para retrasarlo.

Tracé un plan.

Y dio resultado.

Cuando puse, por fin, el boletín de notas delante de sus ojos, mis viejos no tuvieron más remedio que dejarme estrenarla. Y es que nunca habían visto tantos sobresalientes en mi ajetreada vida de estudiante. Ni yo mismo me lo creía. El esfuerzo valió la pena. Habían sido muchas tardes de estudio y muchas horas de peloteo a la profesora de Matemáticas. Con la de Inglés no me hizo falta. Mi nivel era muy superior al del resto de la clase, gracias a los cursos en Londres que me había pagado la abuela. El más complicado fue el de Lengua. Ese es una mala bestia. Un listillo. Con él no había manera. Así que leí todas las lecturas obligatorias del trimestre y metí en mi cabeza aquellas palabrejas absurdas: el sujeto, el predicado, el complemento directo, el indirecto, el complemento del nombre y el del apellido. Ahora podría hacerle un análisis sintáctico hasta al informe de la policía, aquel informe que llegó a

casa unos días después de los hechos y que mis padres leyeron como si fuera una condena a muerte.

A pesar de todo, la nota más baja fue en Lengua y Literatura. Solo logré un siete y medio. Si bien era mucho más de lo habitual y más de lo que nadie hubiera esperado de mí, era una gran injusticia. Fueron muchas horas de lectura y no de copiar en el Rincón del Vago, como hacían mis colegas.

Mis padres observaron mis notas con la misma atención con la que hubieran descifrado una autopsia. Volvieron a leer. Por delante y por detrás. Me miraron.

—Menudo currículum —habló por fin papá—. Esto merece una recompensa.

Mamá me abrazó. Sé que lo disimulaba, pero tenía lágrimas en los ojos. Por fin su cachorro le daba alguna alegría.

En aquellas circunstancias no podían negarme nada. Y yo lo sabía. Lo sabía. Me lo había currado durante varios meses. Lo había conseguido. ¡Por fin!

Bajamos al garaje. Mi moto estaba reluciente. La vi como si la iluminara un foco desde el techo, igual que en el teatro. La había limpiado por la noche, cuando todos dormían, y le había susurrado al oído: «Mañana será el gran día». Me despedí con un enorme beso en todo el morro. Si hubiera sido un caballo, habría relinchado de alegría. Me estaba esperando. A su modo, también me sonreía.

Y llegaron nuevas preocupaciones para mamá: «Que te pongas el casco en la cabeza y no en el codo, que no sobrepases la velocidad, que cuidado con los semáforos, que los peatones andan distraídos y, si los

atropellas, te caen todas las culpas, hasta la cárcel». En fin, cosas de madre. Estaba claro que lo de los semáforos era una fijación. Daba igual que fuera andando o en moto. Los semáforos eran el lugar más peligroso del universo.

Entonces dejé de ser invisible. Mi popularidad en el instituto aumentó un trescientos por cien o más. Mis colegas estaban locos por probar mi moto. Yo me resistía. Seguro que me la rayaban o, peor aún, la estrellaban contra una farola. Ni hablar. Si alguien quería probarla, tendría que ir de paquete. A las chicas eso no les importaba. Se subían encantadas y se abrazaban a mi cintura. Nunca hasta entonces había levantado tanta envidia.

Pero la vida no es fácil y siempre acabamos encontrando a alguien que nos reta, alguien que cree que todo debe hacerse según su capricho, alguien que te roba la voluntad con una mirada. Entonces sabes que no hará falta que diga ni una sola palabra para que estés dispuesto a cumplir sus deseos. Esa era Marga.

—O conduzco la moto o no me subo. Si quieres, puedes ir de paquete —me soltó de repente, cuando la invité a dar un paseo.

No sé qué cara puse. Solo recuerdo sus ojos castaños, su mirada fija. Creo que me hipnotizó. Algo paranormal sucedió, seguro. Le di la llave de mi moto, de mi querida moto, sin rechistar. Creo que le di también la llave de mi corazón, pero eso es tan cursi, que no pienso reconocerlo ante nadie, ni siquiera ante aquella psicóloga indagadora que tuve que sufrir varios meses después de aquello.

Pero ahora es mejor olvidarlo. No quiero saber nada de psicólogos ni de sus gaitas. No son de fiar. Tendrían que estar en el infierno junto a los boticarios. El de Lengua, que a veces tenía buenas ocurrencias, también muy mala leche, nos traía poemas y relatos raros, para engancharnos a la lectura, decía él. Y un día nos habló de Quevedo, aquel tipo que odiaba a los boticarios y los mandó a todos al infierno. A mí no me gusta la Literatura. Odio memorizar nombres y fechas. Lo que me gusta es leer, pero sin hacer después un resumen ni responder a preguntas idiotas: «¿Quién narra la obra? ¿Cuál es el mensaje?». Paparruchas. «¿Es un narrador omnisciente o un narrador testigo?». Lo que menos falta me hacía era un testigo que contara los hechos.

A mí me gusta leer tumbado, con los pies hacia arriba. Es una posición casi vertical de la mitad de mi cuerpo mientras que la espalda reposa en el sofá, en la alfombra o en mi cama. Mamá odia verme así porque dice que me haré polvo la espalda, la retina y no sé cuántas cosas más de esas misteriosas que tenemos en el cuerpo. También cuando estoy sentado en la posición contraria mamá me dice lo mismo de la espalda y la retina. Así que debe de ser cosa de ella. Nada puedo hacer para que esté contenta.

Me importa un pito quién es tal o cual escritor ni dónde ha nacido, pero a Quevedo que no me lo toquen. Ese era un tío de verdad, con sus gafas redondas y su bigote. Y era cojo. Además, escribía sonetos malvados a otro escritor que tenía una nariz muy grande, solo porque le tenía envidia. Pero eso es normal. Si yo su-

quiera escribir o dibujar, menudos retratos regalaría a algunos tipejos que conozco.

Quevedo era genial. Mandó al infierno a los boticarios y allí se juntaron con mi psicóloga, la buenorra cuatro ojos, y con los otros psicólogos que llegaron de todas partes del universo. Al infierno con ellos.

La moto fue otro motivo de angustia para mamá. Como si no tuviera ya bastantes neuras propias como para estar también pendiente de mí. Era difícil concentrarse en algo y evitar su cantinela: «Cuidado con las niñas, no te fíes de ninguna, no las llesves de paquete en la moto porque, si tenéis un accidente, la responsabilidad será tuya». Cosas de una madre moderna que no quiere que se descuajeringue su cachorro. Porque a mí me han cuidado bien. Eso se nota. Colegios de pago, vacaciones en la playa, internado en Inglaterra todos los veranos. Lo ha pagado la abuela a regañadientes de mis padres. Da igual. Siempre acabamos haciendo lo que ella quiere. Al menos tengo buen nivel de inglés y eso me permite ir más desahogado con las otras asignaturas. Mis colegas me tienen envidia y se pelean por sentarse cerca de mí en el examen para que les deje copiar la traducción. Pero todo tiene un precio. El que quiera copiar tiene que pagar un canon. Je, je. Menuda palabreja. El de Literatura andaba ensimismado: canon para arriba y canon para abajo. No entendíamos muy bien lo que quería decir, hasta que lo entendimos. Y yo le saqué partido inmediatamente: el que quiera copiar, a pagar el canon. Aceptaba la liquidación en dinero, aunque rara vez. Lo habitual era en especias: yo los dejaba

copiar en Inglés y ellos me hacían los trabajos de Física y de Matemáticas. Es lo justo. El canon.

El caso es que hoy es mi cumpleaños y malditas las ganas. Ni fu ni fa. No siento nada especial. Dieciocho años no se cumplen todos los días, pero tampoco trece ni cuarenta. Tonterías.

Me dan un homenaje. Desde que pasó lo que pasó, parece que los viejos se gritan menos, incluso a veces se dicen cosas amables. Vamos a salir a cenar los tres, como cuando era pequeño. Mamá está muy guapa y papá parece más animado que de costumbre. Ha metido dos botellas de champán en el congelador y me ha guiñado un ojo.

—Para cuando volvamos —se ha apresurado a decir mamá, como si me ofreciera un trofeo.

La pobre es capaz de creer que no he probado el alcohol y que estoy esperando a la mayoría de edad. En fin.

Ha llamado la abuela para felicitar me y decirme que pase por su casa a recoger mi regalo. Mamá me ha mirado y ha sacado burlona la lengua. Sé que es un gesto que no va dirigido a mí, sino a la vieja loca, como ella la llama. Pero yo no me meto en las manías de los mayores, allá ellos. Mamá está contenta y hace días que no se pelea con papá. Mejor no estropearlo.

—Que sí, que me paso por tu casa. No, hoy no, que vamos a salir a cenar. Mañana, mañana como contigo. Prepárame algo rico. Lasaña. Quiero lasaña. Dime qué me has comprado, abuela, anda dímelo —repito con el tono infantil que le gusta, porque para ella sigo siendo su niño.

No suelta prenda. De sobra sabemos que no me ha comprado nada. Es el juego obligado. Me dará un cheque con el que podré sobrevivir los próximos tres meses, sin pedir dinero a mis viejos. Ella es así. Mi madre afirma que lo hace para humillarnos, igual que cuando eligió el colegio más caro, a sabiendas de que ellos no pondrían pagarlo. Yo, sin embargo, no soy tan escrupuloso; si la vieja tiene pasta, que la gaste en su nieto, que para eso soy su único heredero.

Me llamo Roberto y hoy cumpla dieciocho años.

Ya nadie podrá decirme lo que tengo o no tengo que hacer.

Nadie.